



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

*De la Cátedra de Psicología Médica de la Facultad de Medicina
de la Universidad de Córdoba (Profesor Encargado: Dr. A. Polaino-Lorente)*

**DIMENSIONES PSICOSOCIOLÓGICAS Y CULTURALES
DE LA DROGOMANÍA ***

**PSYCHOSOCIOLOGIC AND CULTURAL DIMENSIONS
OF ILICIT DRUG USE**

por

AQUILINO POLAINO-LORENTE

I. INTRODUCCIÓN

Nacen las líneas que siguen de la experiencia clínica y psicoterápica vivida y existenciada a lo largo del estudio de un discreto número de drogómanos. Las largas horas —largas en cuanto al número, breves por lo que respecta a la vivencia del paso del tiempo transcurrido en su compañía— agotadas en este menester, han conseguido decantar un material que resultaba bastante irreconciliable con algunas de las teorías sociológicas levantadas para interpretar y explicar —causal y teleológicamente— el hecho de las drogodependencias.

El desarrollo de cuanto a continuación se expone, intenta ser una recopilación de las notas tomadas, apenas después de las entrevistas con jóvenes consumidores de drogas.

Lo que de crítica a la sociedad pueda existir, no responde en absoluto a criterios personales del autor. Si en algún caso lo fueran, ya se indicará con toda claridad. Los aspectos denunciados por el sujeto drogómano, podrán coincidir o no con una cierta crítica social, más o menos afortunada. Por ahora, no me atrevo a penetrar en la valoración de esta crítica. Mi punto de vista

se reduce, pues, a exponer de un modo apretado y conciso lo nuclear de la cosmovisión cultural y social extraída del trabajo terapéutico realizado con estos enfermos.

El hecho de haber respetado el “pensamiento” de las personas que me consultaron, responde a un deber de lealtad para con sus sustentadores, de una parte; así como a la firme convicción de que tal vez su conocimiento pueda contribuir en algo, a un mayor desvelamiento de esta realidad social.

En el curso de estas entrevistas desarrolladas en el ámbito de la psicoterapia, el papel adoptado por el médico no ha sido otro que el de una actitud comprensiva, en el intento aproximativo hacia las preocupaciones y problemas que modelan de alguna manera la configuración personal y el modo de estar-en-el-mundo de estos enfermos, sin emitir, en consecuencia, ningún juicio, y sin proyectar en ellos los personales sistemas referenciales.

Se trata, pues, de bucear en la intimidad del enfermo, hasta alcanzar su peculiar forma de existencia en la que se nos manifieste lo inteligible de su conducta, en consonancia con una totalidad factorial dotada de relativo sentido.

Es dentro de esta peculiar situación don-

* Comunicación a la I Reunión de la Sociedad Española de Medicina Legal y Social. Madrid, enero de 1974.

de acaso podamos aprehender la *Weltanschauung* del toxicómano, y las genuinas significaciones que éste concede a los distintos factores culturales. Los datos aquí aportados, los hemos podido constatar de un modo más eficiente y extensivo, en las numerosas charlas mantenidas con estudiantes drogómanos, pertenecientes a las Universidades de Heidelberg, Köln, München y Wien, así como durante nuestra estancia en la Clínica de Locarno, junto al Profesor de Psicología Médica y Medicina Psicosomática de aquella Universidad, Luban-Plozza.

Expongo a continuación la síntesis de los aspectos psicosociológicos y culturales de las drogomanías, tal y como me han sido presentados por un total de 40 toxicómanos, durante su consultación. Finalmente, expondré mi punto de vista sobre la relación existente entre el criterio personal de estos enfermos —ante lo cual me enfrento con una buena dosis de neutralidad— y el estado actual, de lo que se ha llamado por algunos *la contracultura drogómana*. Los aspectos más sustanciales de la crítica a la sociedad efectuada desde los toxicómanos estudiados, y a la que ellos adscriben un cierto *protagonismo etiológico*, pueden resumirse en las siguientes cuestiones fundamentales, que por razones de mayor claridad hemos dividido en factores macrosocioculturales y microsocioculturales, teniendo en cuenta además la lejanía o proximidad de esas resonancias en la intimidad del enfermo.

II. FACTORES MACROSOCIOCULTURALES

1. *La repugnancia ante la sociedad del "establishment"*

Los ideales de la sociedad tecnocrática parecen apuntar hacia una formalización de la vida humana. Ésta se convertiría en un modelo mecanicista cuyo último valor no sería otro que el del funcionamiento del

autómata. Algunos de los jóvenes estudiados han observado este exceso de programación en la vida de sus padres. La máquina es elevada al patrón del comportamiento que es preciso imitar, llegando a suplantar este perfeccionismo técnico a la personalidad individual y a su despliegue en el medio familiar.

La burocracia amenaza con la deshumanización. El burócrata reduce y simplifica el horizonte de su existencia a un modelo construido con reglas y normas fijas, bajo cuya codificación los hombres se convierten en casos o números.

El trabajo se vive como algo impuesto y enajenado, estando muy lejos de ser algo que autorrealice. La descripción de la sociedad desde este ángulo se expresa con los términos del hastío, el tedio, la angustia y el aburrimiento. "Trabajar para consumir, y consumir para trabajar" parece ser el eslogan descriptivo de lo motivacional de la mayoría de los trabajadores actuales.

2. *La ambigüedad de la permisividad social*

Cada sociedad concreta desde sus principios tradicionales viene juzgando acerca de lo permitido o no, dentro de lo dado en un momento cultural específico.

Es opinión común que el alcohol se tolera en nuestro medio ambiente, mientras que la marihuana o el hashish, por ejemplo, no lo son.

Lo difuso del criterio determinativo —si se tiene en cuenta la nocividad que una u otras sustancias comportan—, permite con amplitud, que estas sustancias se revistan de un simbolismo significativo tal, que puedan ser tomadas por la juventud como banderas de su rebeldía. El joven adaptado suele tomar el patrón de la alcoholofilia —según la versión del toxicómano— como vía de poner remedio a sus problemas personales. El alcohol, es por esto despreciado

con frecuencia por el drogómano, como la *droga de los burgueses*, mientras que la marihuana, la mezcalina, o el LSD se convierten, tras lo simbólico de lo prohibido, en la *droga de la protesta*.

Esta ambigüedad de la permisividad e intolerancia social, desplaza el problema desde sus principios específicamente sanitarios —en donde debiera darse el enfrentamiento científico concluyente—, a otros campos más complejos, y también más próximos a la rebeldía juvenil.

La lucha se hace más violenta si consideramos el criterio imperante en las divulgaciones que sobre estas sustancias se imparten a través de los medios de los *mass-media*.

Un hecho que enciende aún más la hoguera de estas luchas, suele ser, en opinión de algunos toxicómanos, el que la prensa tome partido por unas sustancias y desatienda la crítica de otras, igualmente nocivas. Además, en estos medios, rara vez predomina una información objetiva. En su afán de sorprender al lector, el técnico de la información, ávido siempre de encontrar algo que sea "noticia", desfigura la realidad toxicómana, adjetivándola tantas veces con contenidos eróticamente sensacionalistas, que provocan la lógica repulsa de los drogómanos, si es que en otras ocasiones no actúan de un modo más nefasto todavía, suscitando la prestación del modelo de comportamiento a imitar por éstos.

3. *La incomunicación*¹

De la gran ciudad no se ven más que sus aspectos negativos, es decir, la destrucción que hace del sentido comunitario; la reducción del hombre a un ser anónimo desvinculado de sus vecinos y de su barrio; la incomunicación que radicaliza la soledad del hombre, ahora convertido en un extran-

jero entre sus iguales, con los que apenas si se relaciona sólo funcionalmente.

El afán de objetivar todo lo extrahumano radicaliza lo subjetivo del hombre, hasta replegarlo en su sí mismo, ya clausurado. Se ejercita el culto del individualismo en el que el yo resulta ser la única meta valiosa. No parece extraño que las multitudes sean transformadas en "muchedumbres solitarias", como escribió RIESMAN.

La resistencia a la soledad está en estos enfermos muy disminuida; de aquí, que para compensarla busquen un buen refugio en un espíritu gregario y asociativo excesivamente desarrollado, sobre todo entre los que militan en el moderno ejército de las toxicomanías.

Resulta paradójico que una sociedad que ha desarrollado los medios de comunicación social hasta sus posibilidades máximas, sea incapaz del compromiso de la comunicación personalizada y física. Como los medios informativos están todos ellos manipulados, según su opinión, la comunicación que suscitan resulta paradójica y no tiene más sentido que el publicitario. Incluso en la comunicación cuyo contenido es el consumo, el artificio también resulta invasor; porque no es la demanda, la determinante de las relaciones, sino la oferta, que a su vez hace referencia a la producción creadora de necesidades artificiales. Se da así sustitución a las necesidades psíquicas más auténticas e imprescindibles, por aquellas otras más materiales y superfluas. De este modo la única comunicación existente —dicen ellos—, es la organizada, aquella que asfixia al hombre.

4. *La imposibilidad del proceso de identificación*

Desde la primigenia identificación que el sujeto hace en sus primeros estadios, hasta la última que cada hombre hace ya en la madurez de su curso vital, existe un largo

1. Cfr. A. POLAINO-LORENTE, *La incomunicación en la sociedad actual*, Rev. Méd. de la U. de Sev. Tomo V, enero 1973, núm. 22.

camino que en el toxicómano aparece bloqueado. Muchos de ellos se quejan de no haber sido preparados para hacer frente a la sociedad que se han encontrado. Su encuentro personal y repentino con el medio estudiantil en la difícil etapa de la adolescencia, les lleva a un desafío revisionista, en el que difícilmente pueden hacer pie, respecto de los contenidos interiorizados hasta ese momento.

Se establece, pues, una discontinuidad entre lo aprendido e incorporado en el seno familiar que les permitía sentirse seguros, y esta falla que ahora se organiza con la fuerza de lo discontinuo.

La ambivalencia surge al intentar cohesionar la interioridad hasta ahora internalizada, y esa otra, derivada de los modelos presentes en el recién estrenado entorno cultural.

La solución toma los caracteres de lo imposible, al tener que ensamblar unos contradictorios compromisos, derivados de esta doble realidad: la familiar, por un lado, y la extrafamiliar y cultural, por otro.

De aquí, que surja esa actitud revisionista, no privada de angustia y frustración, en cuyo seno resulta casi imposible redimensionar la propia identidad. La crisis profunda que ahora se origina predispone a la evasión, arrojándose en el consumo de las drogas, mitad por curiosidad, mitad intento de encontrar soluciones a sus problemas.²

La situación invita muy sagazmente a esa tentación de emprender una nueva aventura —que además tiene el aliciente de lo prohibido y clandestino—, por nuevos caminos sugerentes de posibilidades desconocidas. Esta atmósfera suele estar presente en el medio donde aparece la fase de iniciación de las toxicomanías.

La incomunicación entre padres e hijos, propia de esta edad, contribuye en gran medida a apuntalar las primeras decisiones hacia la andadura toxicómana, velada casi siempre para los extraños y protegida en el hondón de su intimidad.

Sin la constante atención amorosa de padres y educadores, el proceso de identificación —dadas las condiciones vertiginosas del cambio cultural actual— estará abocado a interrumpirse definitivamente, allanándose el camino para que ingrese el adolescente en el mundo de las toxicomanías.

III. FACTORES MICROSOCIOCULTURALES

Enumeramos a continuación las características de estos factores, tal vez un poco simétricos a los macrosocioculturales ya referidos, pero que son vivenciados por el sujeto con una mayor resonancia, llegando a suponer en él la confirmación de sus críticas afectivamente comprometidas, al contexto social. Entre los factores sociogenéticos más próximos, según nuestra casuística y experiencia personal, se encuentran los siguientes:

1. La constitución de un *grupo pático* —casi un psicogrupo—, que refuerza el carácter defensivo individual frente a una sociedad calificada de alienante e inauténtica. El motor afectivo está supuesto en el vivirse a sí mismo en oposición al sistema social. Ésta sería una de las motivaciones más importantes de la *conducta proselitista* de estos sujetos.

2. Dentro del psicogrupo se organizan unos sistemas de normas y valores, absolutamente en oposición a los existentes en la sociedad de los adultos. Sobre esta base se montarán las directrices fundamentales del sistema contracultural, que reúne en sí las condiciones necesarias para constituir una *subcultura* específica. En tanto que subcultura de la ilegalidad, sus miembros consi-

2. Cfr. A. POLAINO-LORENTE, *Etiología y crisis de identidad en las neurosis infantiles*, en Málaga, Órgano Oficial del Colegio de Médicos, vol. V, núm. 5, mayo 1973, páginas 9-14.

guen alcanzar el medio oportuno para marginarse todavía más, poniéndose entre paréntesis, dentro de la macrosociedad en que están enquistados.

Los principios nucleares de esta subcultura —que fue en primer lugar de evasión, y que ahora parece tener ya un relativo estatuto—, pueden resumirse en los que siguen:

a) Un *sentimiento comunitario espontáneo* que se oponga a la sociedad-hecha del establishment en donde impera sólo la instrumentación de las relaciones interpersonales, y el campo peculiar de los intereses creados.

El toxicómano, no repara, por esto, en tutear a todos o solicitar de cualquier peatón comida, dinero o un lugar para dormir.

b) La *oposición a todo lo que sea consumismo o burocracia*.

c) La *contestación a cualquier sistema autoritario*, especialmente al patriarcado o matriarcado.

d) La *repulsa de todo concepto que implique responsabilidad o esfuerzo* por conseguir una meta concreta. El "hacerse un porvenir", tan aconsejado por los padres de todos los tiempos, es rechazado aquí enérgicamente, al experimentarse —mediante una reducción simplificadora— como una coacción del consumismo materialista, contra la libertad individual y la auténtica comunicación personalizada. Cualquier intento para que el drogómano trabaje resulta utópico, haciendo fracasar la laboroterapia, que tan buenos resultados debiera aportar a la rehabilitación de los pacientes.

e) El abandono en una *pasividad de corte orientalista*, que en un primer escalón pudiera estar motivada por la evasión de las realidades existentes, pero que más tarde se constituye en un estadio propio, en el que no es difícil encontrar un cierto *deseo de autodestrucción*, como si ello fuera pre-

ciso para liberarse de todas las miserias de este mundo.

f) La *negación de todo lo que suene a competencia y agresividad*. Es frecuente encontrar en el contexto subcultural de las drogodependencias, la universalidad de un principio pseudoamoroso que excede con mucho lo estrictamente genital, extendiéndose a todas las cosas y realidades con un significado de corte *panteísta*.

g) La idea de una *libertad radicalizada*, que humoriza irónicamente cualquier principio que intente demostrar los límites racionales de aquélla. Aunque existen, también aquí, líderes que manipulan al grupo, los miembros del mismo jamás lo reconocen, al menos en las conversaciones mantenidas con personas no pertenecientes al grupo.

h) La *ausencia de cualquier proyecto existencial que pueda ser calificado de utilitarista*. Dentro de esta línea nihilista algunos de ellos afirman que, no sólo les gustaría cambiar el orden social establecido, sino incluso ir más lejos, imponiendo sus valores y normas, entre las que se encuentra la entrega total de la humanidad al consumo de estas drogas como solución inmediata a la actual crisis cultural.

i) Una *intolerancia a la más pequeña frustración*, representada por el uso excesivo y casi exclusivo de los mecanismos negadores de la realidad frustrante, o a través de la huida ante el estímulo frustrante.

j) El *conocimiento vinculativo entre los miembros del grupo por un nuevo modo de comunicación alingüística*, expresado en ciertos gestos y detalles del comportamiento. En otras ocasiones la pertenencia al grupo se deja reconocer por el empleo de neologismos o el empleo de palabras comunes con significaciones muy distintas, que connotan una referencia al consumo ritual de las sustancias tóxicas.

k) La *cohesión del agregado comunita-*

rio representa un punto esencial en el proceso sociogenético de la toxicomanía. Cuando se hace posible la desadscripción al grupo, el camino para la rehabilitación puede decirse que ha comenzado ya, siendo presumible, hasta cierto punto, un pronóstico positivo.

3. Otro principio difícil de explicar es el que pudiéramos llamar la *fundamentación filosófica* o los *presupuestos filosóficos* implicados en el desarrollo de esta subcultura.

En las conversaciones mantenidas con ellos, después de un diálogo salpicado de dificultades por el hermetismo de su lenguaje, se observa un sistema de pensamiento, que dentro de su incoherencia, alcanza una significación compacta y opaca.

Me refiero a que su estilo vital parece estar animado de un cierto *nihilismo hipercrítico* muy difícil de desmontar, que en ocasiones recuerda un tanto el sistema delirante de algún reciente filósofo.

Lo desvelado en algunos análisis existenciales practicados, corresponde —aunque sólo sea esquemáticamente y por ello de un modo incompleto—, a dos modalidades muy diferentes: en unos casos se asiste a una brutal apatía, que ciega cualquier posibilidad de comunicación, consiguiendo que el terapeuta se desanime y abandone el tratamiento.

En otros, la experiencia es más contradictoria. Existe una fluidez verbal excesiva y casi se esgrime un sistema estrictamente dialéctico. *El proyecto de su comunicación es no tener proyecto alguno*. La carencia absoluta de un plan para su vida es la norma fija, si se exceptúa la de criticar cualquier solución que el terapeuta les brinde en su conversación comprensiva.

La vida se reduce a la situación del instante actual, agotándose allí sin más trascendencia.

Como si estuviera prohibido el pensar en mañana, el drogómano aplaza siempre para

más adelante cualquier resolución por pequeña que sea ésta. Si tuviésemos que acuñar este sistema de pensamiento sin pensamiento, acaso sirviese el de la *filosofía del descompromiso*.

El problema, por su importancia, parece aconsejable seguir estudiándolo. Como fenómeno resulta contradictorio. Dentro de algunos rasgos que dibujan un fuerte embrutecimiento, se perciben de vez en cuando una cierta luminosidad y finura de razonamiento. Aún no he podido conseguir saber con seguridad, si durante esos momentos, los pacientes estaban sometidos a la acción de las drogas o no; pero me inclino a pensar que el hecho observado es común en todos aquellos que llevan más de dos años haciendo uso de estas sustancias.

4. Una especial tendencia a *identificarse con todos los contenidos desagradables e injustos* que están presentes en nuestra sociedad, y que ellos los hacen propios. También resulta aquí extremadamente complicado hacerse cargo de la etiología de esta característica. ¿Es que el uso de la droga afina la sensibilidad?, o tal vez, ¿responden más bien estas características al intento de justificación y autolegitimación del drogómano? La respuesta concreta a estas cuestiones tal vez participe de ambas interrogantes, pero la proporción de esta participación no la sabemos por ahora.

5. *La huida y el abandono de los vínculos que le unen a la sociedad actual*. Al no aceptar la sociedad de donde proceden, parece lógico —así argumentan ellos—, que no se sientan vinculados a los sistemas normativos y prohibitivos de aquélla. La droga supondría aquí el mecanismo de huida y abandono de la actual sociedad, a la vez que el intento de apoyar una subcultura propia que reclama para sí una total independencia de la macrocultura, a cuya sombra se desarrolla.

Y si se les acepta independientes cultu-

ralmente, ¿por qué se les sigue juzgando y castigando con las leyes de la sociedad que no aceptan, y a la que no pertenecen? La macrosociedad aparece por esto, en su horizonte personal, como una entidad prohibidora que intenta acaparar a todos los ciudadanos y frente a la cual no se puede menos que odiar y temer simultáneamente.

6. *La negación específica de la familia como tal*, ahora sustituida y proyectada en la gran familia de la subcultura.

Muchos de estos enfermos no admiten la estructura de la familia, como hoy la conocemos. Las experiencias penosas sufridas cerca de sus progenitores —no en todos los casos, por supuesto—, les conduce al rechazo de la institución familiar. Es frecuente que vivan en comunas o grupos donde los lazos interpersonales jamás son posesivos. El intercambio de parejas es muy frecuente. Sin embargo, la mayoría de las chicas con quienes nos hemos entrevistado, desean la estabilidad de sus relaciones y el tener hijos, siendo este criterio uno de los primeros a la hora de juzgar sobre la autorrealización personal. Y en caso de elegir, se interesan más por el hecho de la maternidad, que por la paternidad concreta de sus hijos. Precisamente éste sería otro de los fundamentos que acrecentaría su cohesión con el grupo. La *relación madre-hijo-subcultura* quedaría presidida por la libertad —dicen—, al realizarse como mujeres, sin tener que soportar obligatoriamente la hipoteca de un amor posesivo por parte del marido.

7. *El egoísmo sin tapujos*. Frente al hiperindividualismo cultural y sofisticado, que después de muchas y difíciles piruetas acaba por aconsejar a los hombres que "cada uno vaya a lo suyo", el drogómano ensaya el *mejor de los egoísmos comunitarios*. Al erigirse en *contracultura holgazana*, impone así a la cultura egoísta, un egoísmo radical sin tapujos. Ellos consumen tam-

bién, pero al menos creen contribuir a fragmentar el viciado círculo de la producción-consumo.

Las raíces más sinceras de su egoísmo, responden a la necesidad de conquistar para el hombre, el puesto que la superorganización social le había arrebatado. Por donde falla su sistema es precisamente por el consumo de la droga, porque con su uso no hacen otra cosa que dilatar el nuevo y próspero negocio que algunos adultos montan para enriquecerse, dentro del global sistema consumista, donde suelen pasar inadvertidos.

8. *La utopía nihilista y mitológica*. En cierto modo la cultura drogómana intenta hacer realidad una de las profecías míticas más anticuadas: la *sustitución de Apolo, dios de la razón, por la de Dionisio, dios del éxtasis telúrico*. En este sentido la profecía dionisiaca propuesta por NIETZSCHE, estaría a punto de cumplirse. Pero ni en la sociedad actual todo está sujeto a la razón, ni en la vida de los toxicómanos todo está sujeto al éxtasis.

La utopía que encierra este mito apunta hacia un intento de realización en la nada. Pero esto resulta imposible. Si de la nada no se hace nada, difícilmente esta orgía podrá perpetuarse. Su fundamento responde, sobre todo, a una regresión psíquica tan extremada, que acaba por confundirse con la radicalidad caótica. Y parece difícil que de este caos informe pueda surgir el orden salvador de la nueva sociedad.

9. *El pacifismo, el verbalismo* —estos enfermos gustan de la conversación en forma de tertulias afectadas casi siempre de un tono perseverante, informal, lentificado y obsesivo en la temática de su contenido—, *la ausencia de esperanza, el auge de una ideología pseudocontemplativa y pasiva, la espontaneidad promovida desde el artificial uso de estas sustancias que atenta contra la naturaleza más genuina de aquella, y la ca-*

rencia de un proyecto existencial determinante, dibujan el perfil de la revuelta toxicómana, pretendidamente revolucionaria.

La frontera de sus "ideales", apenas definida, oscila entre el milenarismo y la utopía, lo rebelde y lo reaccionario, lo conservador y la insatisfacción.

La ambigüedad de estos contenidos posibilita que personas adscritas a sectores muy diferenciados puedan militar juntos bajo la misma bandera.

Frente a la cultura antivitalista y fría cerebralmente, de nuestro tiempo, los toxicómanos se vivencian como la milicia salvadora de nuestra cansada civilización, como los forjadores de una nueva cultura al servicio de la vida, que se oponga resueltamente a aquella otra que ordena la vida al servicio esclavo de la cultura.

10. *El complejo de colonizado*, sería otra de las características de los toxicómanos. Suelen advertir con frecuencia en la vida de los adultos próximos a ellos, la posibilidad que éstos tienen de modificar el mundo que les rodea. El adulto está encarrilado. Aunque los raíles fijos por los que transita y hace su vida, al no serles propios le supongan un límite a su personal libertad, la velocidad alcanzada y el recorrido efectuado, puede ser experimentado, al menos, como una manifestación de su libertad limitada.

El toxicómano se ve a sí mismo también encarrilado, pero sin la posibilidad de elegir el trayecto a recorrer. La velocidad alcanzada en su recorrido —por las características específicas de esta edad—, siempre le parecerá demasiado lenta e insoporable, lo que unido a la *desesperanza* de no saber hacia qué meta camina, le empuja a sentirse muy inseguro.

Como la sociedad no precisa de su protagonismo, su vida se le aparece como colonizada desde el mundo de los adultos. He aquí un argumento más para contestar contra

toda autoridad. Así se entiende su afán en hacer dimitir al padre de su función de padre. La "*muerte del padre*" se predica en los grupos de drogados. Al padre se dirigen preguntas inquisitivas del tipo de ¿qué habéis hecho con vuestro tiempo? ¿qué mundo nos dejáis en herencia?, ante las cuales se responde muchas veces bajando la cabeza o desviando la mirada, confirmando con estas respuestas el complejo de colonizado de estos jóvenes.

En la droga encuentran el motivo de descolonizarse de su familia; que cada día está más falta de paternidad, de certeza, de líderes, y, en suma, del arte de vivir. En el fondo se trata de un *colonialismo sin colonialismo*, o, en todo caso, del *colonialismo del padre ausente*, incapaz de modelar su personalidad. Víctima de estos complejos, cuyo origen habría que buscarlo en la reprimida necesidad del amor paterno, buscan su solución desertando del mundo, para refugiarse en otro mundo artificial, que no responde a medida alguna.

IV. EL FRACASO DE LA CONTRACULTURA DROGÓMANA

Como la etiqueta de revolucionario es hoy casi una condición *sine qua non* para cualquier personaje o movimiento que aspire a tener audiencia cultural, el drogómano también asume esta terminología. Pero la misma abundancia de revoluciones invita a suponer la ineficacia de todas ellas. Interesa pues desbrozar lo complicado del fenómeno, aparentemente revolucionario, de la revuelta de las drogas, mucho más estéril y pernicioso que revolucionario, por otra parte.

El Profesor JACQUES ELLUL, del Instituto de Estudios Políticos francés, en el examen que de las potencialidades de las corrientes revolucionarias hace en su reciente libro,³

3. JACQUES ELLUL, *De la Révolution aux révoltes*, Ed. Calmann-Lévy, Paris, 1972, 382 págs.

no acaba de encontrar la revolución específica que la sociedad consumista, tecnificada y sin valores necesita, para resurgir de esta crisis.

En su estudio encuentra más bien una juventud descontenta de la sociedad organizada, propicia a la revuelta, pero carente de proyectos revolucionarios que puedan enfrentarse con cierto éxito a otras fuerzas minoritarias, como las formadas por algunos intelectuales sumergidos también en la agitación, pero inhábiles para una acción política concreta. El hecho es que los distintos fenómenos revolucionarios lejos de converger, tienden a neutralizarse.

En el escenario de tanta contestación, la revuelta aparece ahora como contracultura, como rebeldía contra la tecnificación racional, la opresión de las reglas, y el consumo mismo de la cultura. Pero la contracultura drogómana resulta impotente desde sus mismas raíces, y en consecuencia nace ya incapacitada para reformar las estructuras de una sociedad que ha aprendido a convivir y comerciar con ella, y lo que es peor, a *deglutirlos llevada de su afán devorador de lo novedoso*. Al constituirse en grupos marginados y herméticos, cerrados sobre sí mismos, la contracultura toxicómana tiende un obstáculo muy serio y difícil de salvar en su diálogo con lo culturalmente establecido.

En este choque cultural-contracultural, lleva las de perder la segunda, pues al no alcanzar las estructuras fundamentales de la sociedad moderna, a lo máximo que puede aspirar es a perpetuarse indefinidamente sin recoger otros frutos que los de su pasividad estéril.

El auge actual de las utopías parece haber dado alcance también al movimiento drogómano, puesto que los fines revolucionarios propuestos, detectan una escasa referencia a la realidad, semejante a lo que ocurría en los viejos modelos revolucionarios ya trasnochados.

El joven, desgarrado entre la seducción del consumo y el vacío de su vida, acaba por experimentar su situación angustiosa, Pero no estando preparado para tolerar estos sentimientos —tanto ha disminuido el umbral de tolerancia a la frustración y a sus consecuencias— encuentra demasiado pronto una fácil vía de salida, el entregamiento de su vida a estas sustancias tóxicas.

A medida que la técnica es más perfecta, estricta e invasora, crece también paralelamente el sentimiento de rebeldía frente a las reglas de este proceso técnico. Pero obsérvese que esta rebeldía carece de doctrina, de tácticas y de organización.

La consecuencia de todo ello es una gran timidez para intervenir activamente en la transformación del mundo, y una incapacidad absoluta para dar satisfacción a unas aspiraciones que quizás estén todavía por definir.

Tampoco los medios empleados parecen ser los adecuados. La filosofía de su descompromiso resulta inoperante, tolerándose muy fácilmente por su carácter inocuo, incapaz de dejar huella en el sistema cultural imperante.

Tampoco la violencia es elegida como medio, aparte de que si fuese elegida, el cuerpo social reaccionaría probablemente contra ella, incluso aplastándola con una violencia todavía mayor.

El otro medio que hubiera podido resultar de alguna eficacia, la fuerza revolucionaria del Eros —difícil de admitir como fuerza revolucionaria—, resulta impotente también, como factor dinamizador de una cultura como la nuestra, ya cansada y abotagada por un laxismo sexual bastante generalizado desgraciadamente.

Por otra parte, el desarrollo industrial procura satisfacer las necesidades que antaño se convertían en el motor de los despliegues revolucionarios. Me refiero al intento nivelador e igualitario respecto del bienestar.

La *desproletarización concreta* de la clase obrera —otro de los motores revolucionarios usados en el último siglo—, ha dado paso a una *proletarización abstracta* del conjunto social, que amenaza con penetrar todas las áreas, hasta incluso aquellas respetadas hace bien poco. El malestar que de ella se deriva, dentro de su carácter difuso, es ahogado por un consumo que aunque mal repartido, resulta preferido a las penurias anteriores. Añádase a esto el que el crecimiento de las técnicas de control y conformación hace que nuestra sociedad plantee la batalla cultura-contracultura en el lugar que le es más beneficioso.

La sociedad exige, cada vez más, una respuesta técnica a cada uno de los problemas suscitados en su intimidad, a la vez que relativiza y consume valores y motivaciones ideológicas con excesiva rapidez. Esta táctica viene así a arruinar la fuerza efervescente —si es que la tiene la contracultura de las drogas— de este movimiento, al poner en manos de los especialistas —léase psiquiatras, psicólogos, asistentes sociales, etcétera—, el problema planteado.

La paradoja resultante no se hace esperar. A medida que la sociedad se tecnifica más —lo que provoca un aumento del deseo de cambio—, se bloquea más enérgicamente la realidad revolucionaria y el haz de sus posibilidades, y, en consecuencia, el espíritu de rebeldía que aquélla necesita sólo encuentra la salida aparentemente eficaz de la revuelta, en forma de desesperanza radical, ya perfilada desde KIERKEGAARD y KAFKA.

En el fondo, la impotencia consecutiva a estos intentos de revuelta, actuaría como mecanismo de retroalimentación —*feedback*—, perpetuándolos indefinidamente.

La solución no parece fácil, pero conviene indicar que sin entrar de lleno en estos problemas, difícilmente se podrá rehabilitar al toxicómano, ya que el mundo cultural

tal y como lo perciben, supone una parte muy considerable en lo motivacional de su dependencia. El campo de las soluciones tampoco es tan fácil, que pueda ser propuesto ahora en una simple y breve enumeración. Acaso, como dice ELLUL, las soluciones vengan de otros modos de acercamiento al mundo cultural. Hemos de partir del convencimiento, de que nada se ganará con dictar determinadas leyes, que serían por su misma sustancia, contrarias a la profilaxis del fenómeno contracultural.

En algunos sectores, por ejemplo, se ha llegado a proponer la legalización de la marihuana, buscando en esta medida una solución. Los defensores de esta postura se fundamentaban en la existencia de otras drogas, como el alcohol y el tabaco, que sí que están permitidas en nuestro medio social.

Sin embargo, en la conferencia sobre la lucha antidroga, celebrada en Estrasburgo del 20 al 24 de marzo de 1972 —convocada por el Consejo de Europa y la OMS, y a la que asistieron más de cien parlamentarios, altos funcionarios y especialistas de 17 países europeos—, se pronunció en contra de la pretendida legalización. LUGO TONCIO, Secretario General del Consejo de Europa, afirmó en aquella ocasión, que “el país que decidiera levantar la interdicción sobre la marihuana asumiría una responsabilidad capital”. Uno de los argumentos principales fue el del Dr. MAY, que después de pasar revista al problema epidemiológico de las toxicomanías en Europa llegaba a la conclusión de que “está demostrado que cuanto más se prolonga el uso del cannabis, más probabilidades existen de que se consuma también el opio”.

Las conclusiones del Congreso se resumían en las siguientes:

1. Organizar una red de centros de información y de investigación para coordi-

nar los esfuerzos de detección, prevención y tratamiento de las toxicomanías.

2. Incorporar a las escuelas un plan de enseñanza sobre los peligros de las drogas, proporcionando una información eficaz a los padres, médicos, asistentes sociales y periodistas.

3. Proponer una legislación que prevea duras penas para los traficantes y el tratamiento y la readaptación social de las personas culpables de delitos menos graves, así como la posibilidad de transferir a los delincuentes a un centro de tratamiento hospitalario, exterior al sistema penal.⁴

En esas mismas fechas finalizaba en Ginebra una conferencia de la ONU, para modificar la convención sobre estupefacientes, firmada en el año 1961.

Esto señalaría el aspecto político del problema. Las modificaciones introducidas, señalaban también un endurecimiento en la lucha contra las drogas. Para frenar la producción de tóxicos está previsto que el Organismo Internacional de Estupefacientes de la ONU, pueda emplazar ante la Asamblea General, al gobierno que no dé explicaciones satisfactorias sobre el desarrollo de la droga en sus territorios, o también si existe en un país "una situación grave que exija medidas de cooperación internacional para resolverla".

La nueva convención prevé asimismo la limitación y el control de la producción de opio, y obliga a los países firmantes a suministrar al órgano de control todas las informaciones sobre actividades ilegales en torno a la droga.

Este documento puede servir de base jurídica para la extradición entre todos los países no ligados por tratados particulares. La nueva convención fue firmada por 36 de

las 87 naciones representadas. Los no firmantes (países del Este, y varios del Tercer Mundo), consideraron que las nuevas disposiciones atentaban contra su soberanía.

Cuando la vía institucional no parece ser demasiado útil para resolver el problema de las toxicomanías, la única solución posible es partir del individuo.

Hace falta un compromiso personalizado, y luego andar el camino paso a paso, incluso a tientas, sin esperar que gocemos con excesiva prontitud la dicha de la victoria; pero con la confianza resistente a toda desesperanza, de que el esfuerzo personal por costoso que sea, redundará siempre en beneficio de esta generación. El vía que aquí proponemos no es fácil, ni tiene el atractivo del triunfo rápido y seguro, pero supone tal vez el mejor camino para construir la próxima civilización, y, sobre todo, para salir al paso del problema casi obsesivo de las toxicomanías.

Es posible que lo hasta aquí apuntado carezca de significación para algunos, respecto de las soluciones al problema abstracto—no tiene un rostro definido— y, simultáneamente, concreto y complejo de las toxicomanías.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, parece el único viable. La recuperación comprensiva de la realidad, en última instancia, será siempre un tajamar más penetrante que el dictado de medidas represivas—como ahora se dice—, que sólo contribuyen a retorcer todavía más el modo de enfrentamiento del toxicómano con su realidad.

Reconociendo los defectos de nuestra cultura y buena parte de los problemas incluidos en ella, podremos tal vez desenmascarar las trampas lógicas en que el adicto está apresado. Este modo de actuar sí que nos ha parecido un modo de ser revolucionario en la lucha sin tregua contra la adicción.

4. Cfr. A. POLAINO-LORENTE y M. POLAINO NAVARRETE, *Comentarios médico-psiquiátricos y jurídico-penales a la legislación española vigente sobre las toxicomanías*, Rev. Psiq. y Psic. Méd., tomo X, núm. 8, 1972, págs. 429-451.